

IV

AMOR

Las doce de aquella misma noche serian cuando el paje salió de su aposento y se dirigió con silencioso paso á la puerta de la habitación de Doña Juana; escuchó breves instantes, y después se dirigió á otra puerta, que abrió suavemente, encontrándose en el salon amarillo.

Aquella estancia, intermediaria entre las habitaciones de Enrique IV y de su esposa, era llamada así por el color de sus tapices y sillería, y no se abría casi nunca; pero Fernando, que no podía conciliar el sueño, iba á buscar en ella la calma y la soledad: llevaba en la mano un rollo de papel y un tintero, que formaba un cuerno de plata; en el centro de la estancia se veía una mesa dorada, y pendiente del techo una lámpara, suspendida de largas cadenas de plata, para que sus tibios rayos diesen luz á la mesa; sin duda aquel aposento estaba preparado de orden del paje ó por él mismo para pasar en él la noche.

Fernando cerró la puerta sin ruido; se quitó la gorra, que dejó en un sillón, y después se aproximó á la mesa para colocar en ella el papel y el tintero; mas ambas cosas cayeron de sus manos, y retrocedió más blanco que las olas

de encaje de su gorguera al ver á un caballero que, inmóvil y silencioso, estaba sentado en el sillón colocado delante de la mesa, y que, al ruido que hizo en el suelo el tintero, levantó la frente, estremeciéndose y se puso en pie.

—¡Doña Luz!—exclamó juntando sus manos con una especie de adoración.

Palideció el paje fijando sus ojos en aquel hombre; mas aquella mirada cambió el alabastro de su semblante en un subido carmin.

—¡Ah!—dijo:—¡me habéis asustado, D. Beltrán!... Pero—prosiguió con una sonrisa que desmentía su temblorosa voz,—¿qué hacéis aquí? Yo venía á escribir á mi padre en esta estancia, mucho más silenciosa que la mía; pero puesto que la habéis elegido antes que yo, me voy para no molestaros;—y diciendo esto, recogió su tintero y papel, y fué á tomar su gorra.

—Deteneos por el cielo, Luz—dijo el Conde de Ledesma con acento suplicante;—¡tened piedad de mí!

El fingido paje alzó al cielo sus ojos con trisísima expresión, como pidiendo valor; pero cuando se volvió á D. Beltrán, su habitual y dulce sonrisa vagaba de nuevo por sus labios; dejó otra vez su gorra sobre la mesa, y echó sus largos rizos dorados hacia atrás con un movimiento infantil, sentándose en el sillón que acababa de dejar el Conde.

Este permaneció de pie delante de ella, contemplándola con una mirada ardiente y melancólica.

—¡Gracias, Doña Luz!—dijo el Conde con profunda emoción y rompiendo al fin el silencio;—gracias por vuestra bondad en acceder á mi ruego. Esta condescendencia, por otra parte, en nada os compromete—prosiguió con amargura:—¡nadie extrañará que pasen en conversación, aunque sea toda una noche, el paje y el amante de la Reina!

—Creo, no obstante, Conde, que para vos seré Doña Luz de Luna, y no el paje Fernando,—repuso la doncella con acento grave y dulce á la vez.

—¡Oh, sí, sí!—exclamó D. Beltrán;—mas nada temáis, Luz: ¡vos sois para mí lo más sagrado que existe en la tierra, lo más santo que conozco; sois lo que más amo en este mundo; mi más caro y apreciado tesoro; el ángel que ilumina el áspero camino de mi vida! ¡Oh, Luz!—prosiguió el Conde con tan honda emoción, que las lágrimas brotaron de sus ojos.—¡Luz mia! ¿Cuándo daréis una esperanza á mi ardiente amor? ¿No sabéis que este cariño es puro y santo? ¿No os he rogado mil veces que me permitáis pedir vuestra mano á D. Fadrique?

—¿Y la Reina, Conde?—dijo Luz con doloroso acento:—¿qué sería de la Reina el día en que os perdiese para siempre? ¿Qué porvenir le

espera, muertas las esperanzas de su amor?

—¡La Reina!—repitió el Conde,—¡la Reina! ¿Tengo yo culpa acaso de haberme engañado creyendo amarla? ¿Tengo yo la culpa de que ella se haya apasionado de mí? ¡Por piedad, Luz, por piedad! ¡no mezcléis en nuestro puro amor el recuerdo de esa pasión criminal!

Detúvose el Conde para mirar á la joven, que lloraba cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Llanto!—exclamó apasionadamente arrojándose á sus pies;—¡llanto, amada mia! ¡Y lo viertes por mí! Dime—prosiguió, buscando con sus ojos la mirada de la doncella;—¡dime que te enternecen mis tormentos! ¡Dime que comprendes al fin la inmensidad de mi amor!... Porque lo comprendes ya, ¿no es verdad? ¿No es cierto que me has visto revivir bajo la luz de tus divinos ojos, bajo la paz de tu sonrisa? ¿Que has visto cómo recobraba la alegría de mi corazón y el sosiego de mi alma, bajo la influencia de tu virtud? ¡Oh!... ¡Si supieras lo que pasó por mí el día en que te me presentaste con la carta de tu padre!... ¡Creí que el corazón iba á saltármeme del pecho!

Aquel hombre de hierro, cuyo valor se había hecho proverbial en toda Castilla, calló vencido y quebrantado por la emoción que experimentaba: pálido, con la respiración anhelante, apoyó su frente en el brazo del sillón de Luz.

—Yo también os amo, Conde—dijo ésta to-

mándole las manos y obligándole á que se levantara;—sí: os amo, como ya no volveré á amar, á pesar de no tener más que diez y seis años. Dejadme concluir—añadió conteniendo con imperioso ademán el transporte del Conde:—esta primera confesión será también la postrera.

—¡La postrera!

—Sí: desde ahora, os lo juro por el nombre que llevo, yo ahogaré esta pasión, y si no puedo conseguirlo, moriré. Escuchadme, Beltrán—prosiguió enternecida al ver la angustia que se retrataba en las facciones del Conde.—Mi padre debe su vida á la Reina, y su bienhechora está rodeada de enemigos, abandonada de su esposo; sólo un bien le resta: ¡vuestro amor! ¡y este bien, que compensaba para ella todos los demás, le ha de perder también! ¡y queréis, Conde, hacerme su enemiga! ¡queréis que, en pago de la vida y de la libertad de mi padre, clave en su corazón ese acerado puñal! ¡queréis, en fin, que desobedezca á mi padre, que me mandó oponer mi pecho como un escudo á los golpes que asesinasen al suyo! ¡Oh, no, no! ¡jamás!

—¿Y creéis, Luz, que porque vos dejéis de amarme, renacerá mi cariño hacia la Reina? ¿pensáis que humillaré de nuevo la frente á ese vergonzoso yugo? ¿imagináis que para conservar mi fortuna y elevación, le fingiré de nuevo el sagrado sentimiento que sólo vos en el mun-

do habéis podido inspirarme? ¡Por Dios, que os equivocáis! ¡voy á renunciar esta noche todos mis cargos y títulos, y mañana seré otra vez un pobre soldado! ¡Ya nada quiero de ella!

—Y yo, Conde, os aborreceré como á mi más mortal enemigo, porque habréis causado la muerte á la bienhechora de los míos—dijo la joven con airado acento;—sí, os lo juro por el Dios que nos oye: si asestáis ese golpe al corazón de la Reina, mi amor se trocará en aversión, porque la amo más que á vos.

Al acabar de pronunciar estas palabras, se dirigió á la puerta; mas el Conde la detuvo poniéndose delante.

—¡Luz!—exclamó,—por piedad, no me dejéis así; decidme al menos que el recuerdo de mi cariño os será grato: yo haré lo que queráis... no me separaré del lado de la Reina... la defenderé con mi vida... ¿estáis contenta?—prosiguió clavando sus ojos con amarga tristeza en los ojos de Luz.

—Sí, Conde—contestó la doncella tendiendo al caballero su blanca manecita;—¡oh, sí, muy contenta! ¡me habéis hecho tan feliz!... Vos pagaréis de este modo á Doña Juana la deuda de los Lunas, y yo... yo os amaré... como á mi mejor amigo.

Temblaron los labios de la joven al pronunciar estas palabras, y una espantosa palidez cubrió su semblante.

—Ahora—añadió haciéndose superior á su emoción,—ahora es ya de día, Conde; marchad á ver á la Reina: sé por Inés que está indispueta, y por eso fui á suplicaros que detuvierais vuestra partida.

—Os obedezco, Luz—dijo tristemente el Conde:—¡quiera Dios que mi vida, convertida desde hoy en un largo y doloroso sacrificio, pague esa deuda terrible que me roba vuestro amor!

—Os engañáis, Beltrán: la satisfacción de esa deuda me liga á vos con una tierna é inalterable amistad, y este puro sentimiento reemplazará al amor, porque vuestro amor y el mío pertenecen á la Reina de Castilla.

Al concluir estas palabras, abrió la puerta de su aposento y entró en él, cerrando después de saludar al Conde, quien tomó lentamente el camino de las habitaciones de la Reina.

En cuanto á Luz, se dejó caer de rodillas al pie de su lecho, y exclamó con voz entrecortada por los sollozos:

—¡Gracias, Dios mío! ¡gracias por las fuerzas que me habeis concedido en tan ardua y dolorosa lucha! ¡Oh, Dios piadoso! ¡Oh, Virgen mía! ¡No me desamparéis!

V

LA ENTRADA DE VILLENA

Cuatro dias habían pasado desde estos sucesos, y todavía no se había dado orden ninguna para la partida del Rey.

Doña Guiomar seguía indispueta, obedeciendo tal vez los consejos de D. Juan Pacheco, Marqués de Villena, su amante oculto, aunque nadie en Castilla le conocia otro que Enrique IV.

La hermosa dama de honor de Doña Juana tenía enteramente subyugado el corazón del Rey; pero ella no sentia hacia el Monarca más que el desprecio que necesariamente debía inspirar á una mujer de su temple, porque Doña Guiomar tenía talento y corazón.

A pesar de no contar más que treinta años, amaba con pasión al Marqués de Villena, que pasaba de los cincuenta. La energia de aquel hombre, sus brillantes prendas y su elevado talento, le inspiraban cariño y admiración; aun su misma ambicion era otro nuevo mérito á sus ojos, porque era ambiciosa también.

La noche en que, á ruegos del paje, detuvo D. Beltrán la marcha del Rey, recibió ella una carta de Toledo, concebida en estos terminos:

«Es absolutamente preciso que detengáis al

Rey cuatro días más en Segovia; al finar el último os veré en vuestra misma casa, porque entraremos victoriosos, llevando á nuestro frente al Infante D. Alfonso.—*Villena.*»

No bien leyó la dama de honor este billéte, que le fué entregado al desnudar á la Reina, lo ocultó cuidadosamente entre los pliegues de su brial; después extendió los brazos, y cerrando los ojos, se dejó caer en un sillón, dando un ahogado grito que hizo acudir á la Reina y todas las damas; el desmayo duró media hora, al cabo de la cual pareció reanimarse, y pidió permiso, con voz debil, para retirarse. Doña Juana dispuso que se trasladase la enferma á su casa en una de sus carrozas, y mandó á Doña Blanca de Solís, la más joven de sus damas de honor, que la acompañase y velase á su lado toda la noche.

Poco agradó, en verdad, esta orden á Doña Blanca: odiaba, como todas sus compañeras, á aquella orgullosa mujer, que las trataba muy mal; pero se inclinó profundamente ante la Reina, y abrigó ella misma, con su capuchón de pieles, los hermosos hombros de Doña Guiomar.

Despidiólas Doña Juana, dispensando á la enferma de todo servicio en su aposento mientras durase la indisposición, y asegurándole que sus damas alternarian en su cuidado y asistencia; pero durante el camino, Doña Guiomar se animó y pareció casi buena al llegar á su casa.

—Doña Blanca—dijo á la joven con una dulzura extraña en ella,—no quiero que os molesteis: yo estoy mucho mejor, y creo que mañana podré asistir al alcázar á la hora de levantarse S. A.; voy á mandar que os conduzcan á vuestra casa, quedando yo sumamente reconocida á vuestros afectuosos cuidados.

—Pero, señora, tal vez os engañáis—repuso la sencilla joven, sin comprender las miras de la altiva dama;—podéis poner os peor... no, no: yo velaré con sumo gusto á vuestro lado.

—Os digo que me siento ya muy bien,—repitió Doña Guiomar, cuyas morenas mejillas se encendieron con tan leve contradicción.

—La Reina me reconvenirá...—murmuró débilmente la pobre niña, aterrada como una paloma delante del milano.

—Yo os disculparé con S. A. mañana, cuando asista á su cámara: le diré que os he rogado que os retiráseis. Ea, buenas noches, Doña Blanca,—continuó, bajando ligeramente de la alta carroza y entrando en su casa.

No bien se halló en su aposento, escribió al Conde de Ledesma diciéndole que estaba bastante indispuesta, y rogándole que se lo hiciera saber al Rey. Mas D. Beltrán, suponiendo la verdad, porque no ignoraba la intimidad de Villena con la dama de honor, se guardó bien de enseñar la misiva á D. Enrique y la hizo pedazos en seguida que la leyó.

Los ruegos del paje alcanzaron lo que deseaba Doña Guiomar: el Rey voló á su casa así que tuvo noticia de la indisposición que la aquejaba y que ella fingía por su parte á las mil maravillas.

Al volver al alcázar con D. Enrique, Beltrán de la Cueva se dirigió al salón amarillo, porque los dolores alejaban el sueño de sus ojos: desde el día en que vio á Luz de Luna la amó con pasión, y aquel fuego devorador aniquilaba enteramente sus fuerzas morales.

Sin embargo, compadecía profundamente á la Reina: á medida que el se tornaba frío é indiferente, la pobre joven languidecía, y su frente se doblaba más pálida y abatida que la del Conde; ella ignoraba, no obstante, la causa de su desvío; no sabía que otro nuevo amor le robaba el corazón de su amante, porque no sabía tampoco que su amoroso pajecillo era una hermosa doncella.

En la corte de Castilla, nadie más que Don Beltrán conocía este secreto, porque solo á su lealtad lo había confiado su anciano amigo Don Fadrique de Luna. ¡Dios, en su bondad, quiso evitar á aquella infeliz Princesa el más amargo de todos los dolores!... ¡Los celos!

Era el día que Villena había señalado para entrar en Segovia: brillaba el sol en todo su esplendor, y el tibio viento de Octubre traía en sus alas los perfumes de las últimas flores.

Enrique IV, sin acordarse de que rugía sobre su cabeza una terrible tempestad, pasaba casi todo su tiempo al lado de Doña Guiomar, que agravaba ó disminuía su indisposición, según convenia á sus planes; Toledo y la conspiración que encerraba dentro de sus muros, se habían borrado completamente de la memoria del Rey.

Espantoso desorden reinaba en la ciudad: muchos de los nobles partidarios de Villena, y avisados por él, sabían que aquella noche debían entrar los conjurados, y que D. Enrique iba á ser arrancado del trono, para colocar en él á su hermano D. Alfonso.

Otros, y éstos eran los menos, adictos al Rey, se aprestaban á la defensa, y cruzaban en todas direcciones á la cabeza de sus compañías francas.

En vano fué avisar al Rey de lo que acontecía; en vano le pintaron el riesgo que corría: su sagaz manceba le aprisionaba á su lado, y el Rey se contentaba con responder: *No se atreverán.*

Tres días hacia que Luz había escrito á su padre llamándole á Segovia. «La Reina peligra, padre mio—le decía.—Villena está cerca de aquí, y ya sabéis que es su enemigo mortal: venid, pues, á salvarla de la prisión ó de la muerte.»

Después de escrita esta carta, el pajecillo se

situó al lado de la Reina, que esperaba sin impaciencia ni temor lo que iba suceder: sabía que si vencían los conjurados, sería sepultada en un sombrío castillo; porque sabía también hasta qué punto la odiaba D. Juan Pacheco, y presa sabía que su primer cuida lo sería abrirle una prisión; pero todo lo olvidaba, porque veía de nuevo tierno y amante á D. Beltrán y hacia dos dias que era feliz, á pesar de los males que la amenazaban.

El pobre pajecillo era dichoso también con la ventura de su señora, aunque su rosado semblante habia tomado la palidez del alabastro, y sus espléndidos ojos azules se veían rodeados de un ancho círculo morado; en aquellos cuatro dias no se habia separado un momento de la Reina: en pie, detrás de su sitial, estremeciase al menor ruido que sonaba en la calle, y parecia escuchar constantemente con ansiedad.

Hacia las cuatro de la tarde creció el rumor en las calles, y se oyeron pasos cautelosos en la escalera que daba á las habitaciones de la Reina; las damas de honor se estrecharon temblando unas á otras, y el paje palideció más que ellas: los pasos, que sonaban ya junto á la puerta principal, cesaron de repente, y un instante después se oyó dar vuelta suavemente á la llave.

—¡Nos cierran!—gritó Doña Juana;—¡estamos prisioneras!—y se acercó á otra puerta di-

simulada en los tapices, al mismo tiempo que la cerraban tambien.

Un ahogado sollozo se escapó del pecho de la Reina: no pensó en ella, sino en la Cueva, en su esposo, en su pobre hija y en su reino perdido. ¡Ella, la Reina de Castilla, tendria que morir en una prisión!... La pobre joven se dejó caer de rodillas en su reclinatorio y oró con fervor, imitándola sus damas y Fernando.

Ya habia tendido la noche su denso manto, y aún permanecían postradas: de súbito saltó uno de los cristales de colores del anchuroso balcón de piedra, y tras de aquél, todos los demás que componian la ojiva vidriera, y un hombre se precipitó en la estancia. Las voces de la Reina, de sus damas y del paje, se confundieron en un solo grito de terror; mas el aparecido, sin mirar á nadie, se dirigió al paje, á quien acercó á su pecho con un apasionado movimiento y como para protegerle del riesgo que le amenazaba.

—¡D. Beltrán!—exclamó la Reina reconociéndole y tendiéndole sus manos.

—Nada tema V. A., señora—contestó el Conde besando la diestra de Doña Juana:—he encontrado cerradas todas las puertas y he entrado por ahí—continuó señalando el balcón,—para defenderos hasta mi último aliento.

VI

EL TRONO Y EL HONOR

Cuando D. Enrique volvió al anocheecer á su alcázar, no se notaba otra señal de alarma que las rondas que se cruzaban en todas direcciones: los conjurados aún no habían entrado; mas careciendo de puertas la ciudad, era imposible oponerles este obstáculo.

D. Beltrán sabía, no obstante, que Villena estaba con los principales jefes dentro de Segovia: reunió á todos aquéllos con quienes podía contar y se aprestó á la defensa, porque su lealtad como soldado era á toda prueba, y estaba decidido á perder mil vidas que tuviera por defender á sus Soberanos; tenía además que velar por Luz, cuya existencia y honor le habían sido confiados por su padre, y que eran mucho más caros á su corazón que todos los intereses de la tierra.

D. Enrique se acordó, por fin, de su esposa y de su hija, y al cerrar la noche, salió de su cámara para dirigirse á las habitaciones de la Reina, acompañado de muchos cortesanos; mas quedaron atónitos al encontrar todas las puertas cerradas.

Doña Juana estaba ya aprisionada: era la primera víctima de la venganza de Villena.

El semblante del Soberano se trastornó enteramente: en el fondo de aquel corazón helado y endurecido había algún cariño hacia la joven y hermosa Princesa á quien llamaba esposa suya, y la idea de que se la habían robado ó de que otro se había anticipado á salvarla, le hizo olvidar todo lo demás.

—¡Echad abajo esa puerta!—dijo con voz fuerte.

Los soldados de su guardia empuñaron las hachas de armas é hirieron con un solo golpe la maciza puerta, que no se conmovió lo más mínimo. Un curioso observador hubiera visto aparecer una burlona sonrisa en los labios de los cortesanos: las llaves de la habitación de la Reina tal vez no estaban lejos de allí.

La voz del Rey se dejó oír de nuevo entre el estruendo.

—Llamad á la Cueva,—gritó con airado acento; y aún no había espirado el eco, salieron tres pajes en distintas direcciones.

—Señor—dijo D. Diego Arias, que era el anciano de hermoso semblante á quien vimos en el alcázar,—yo creo que debíamos bajar al jardín para ver, si nos es posible, por entre los balcones, si la Reina está dentro de su habitación: el profundo silencio que se advierte me hace temer que nos la hayan arrebatado; y en ese caso, juraría, por el nombre que llevo, que hay traidores entre nosotros.

Y el noble caballero, en cuyo corazón ardía la indignación, tendió en derredor suyo una mirada amenazadora.

—Tienes razón, Arias—dijo el Rey:—vamos al jardín, y si tus temores salen ciertos... ¡ay de los culpables!

Y echó á andar seguido de todos sus cortesanos.

Algunos soldados y escuderos iban detrás alumbrando con hachas.

Al llegar al jardín, mandó D. Enrique que se detuviesen todos á la puerta, y se adelantó él solo con D. Diego Arias, hasta colocarse enfrente de los balcones de la cámara de la Reina: la luna derramaba una tenue claridad á través de la espesa cortina de nubes que la ocultaba, y que permitían distinguir, no obstante, hasta las más pequeñas plantas.

En tanto que D. Enrique y el anciano Don Diego miraban con ansiedad al fondo de la cámara de la Reina, en la que se notaba el resplandor lejano de una luz, la Cueva se dirigió á una puerta del alcázar por donde acostumbraba á entrar; mas su angustia fué indescriptible al encontrarla cerrada. De repente un confusor rumor de golpes y voces llegó á sus oídos: era que los soldados del Rey herían con las hachas de armas la puerta principal.

—¡También cerrada aquélla!—murmuró el Conde, que adivinó la causa de aquel estruendo;

tendió en seguida en derredor suyo una mirada en la cual radiaba una ráfaga de delirio, y echó á correr hacia el jardín.

—¿Qué voy á hacer?—murmuró parándose de repente;—¿qué voy á hacer, Dios mío! ¿Cómo salvarlas? ¡Salvarlas! ¿Y de quién? ¿Quién ha cerrado las puertas del alcázar? ¿Villena? ¿Quién las manda abrir? ¿El Rey? ¿O ha sido Enrique IV quien las ha aprisionado, y D. Juan Pacheco el que intenta derribar esas mismas puertas?

Calló el Conde y se apoyó contra el muro casi desfallecido.

—¡Luz!—murmuró al cabo de algunos instantes;—¡Luz mía! ¡qué va á ser de ti! ¡Pagarás tú, pobre ángel, los odios que nacieron al rededor del trono! ¡y yo... yo no puedo salvarte... no puedo!...

Un amargo sollozo desgarró la garganta de D. Beltrán: pálido como un cadáver, cerró los ojos y quedó inmóvil.

Un golpe más fuerte que los otros le hizo estremecer: rápido como un relámpago echó á correr y salió del alcázar.

En aquel mismo instante miraban con mayor ansiedad que nunca el Rey y D. Diego al interior de la cámara de la Reina: el anciano hacia ya rato que escuchaba atentamente con la cabeza inclinada; hubo un instante en que D. Enrique fué á hablar; mas el caballero le apretó fuertemente el brazo, haciéndole señas

de que callase, y olvidando la etiqueta en una ocasión tan importante.

De súbito levantó también la cabeza el Rey; se oían claramente sobre la arena del jardín los pasos de un hombre, y al mismo tiempo estalló un horrible tumulto en la plaza del Alcázar; por detrás de las paredes del jardín se percibía el choque de las armas y los gritos de los combatientes.

Por un movimiento involuntario, D. Enrique iba á precipitarse hacia la puerta; mas D. Diego le detuvo.

El hombre, cuyos pasos se oían, entraba entonces en la calle de árboles en que ellos estaban.

Sin detenerse llegó al pie de los balcones de la Reina y sacó una larga escala de seda, que sujetó al de en medio, atanzándola á la parte inferior con largos garfios de hierro.

—¡Castilla por D. Alfonso!—gritaron muchas voces en la plaza del Alcázar.

—¡Abajo los traidores! ¡muera Villena!—respondió otra inmensa gritería.

D. Enrique hizo un segundo é impetuoso movimiento y se lanzó á la puerta; mas el anciano D. Diego le sujetó fuertemente por el brazo.

—En la calle quieren quitaros el trono, señor—le dijo con voz profunda;—pero aquí os roban vuestro honor,—añadió señalando al hombre que acababa de escalar el balcón.

Mas apenas pudo vérsese, porque dió con mano fuerte un golpe en la ojiva vidriera, que cayó hecha mil pedazos, y se precipitó de un salto en la cámara real.

Por un momento vieron el Rey y D. Diego, á través de los cristales mutilados, á la Reina y sus damas postradas: los blancos trajes se extendían en amplios pliegues como una alfombra de nieve en el mármol del pavimento; el grito de espanto lanzado por la Soberana y sus damas llegó también á oídos de D. Enrique y D. Diego; mas en el instante mismo se cerraron de golpe ambos postigos y desapareció el luminoso cuadro.

—Vamos, Arias—dijo D. Enrique con sordo acento;—vamos á lavar el honor, y después defenderemos el trono.

El Rey y D. Diego salieron del jardín con precipitado paso.

VII

¡CASTILLA POR D. ENRIQUE!

Al volver el Rey á la habitación de su esposa, acababa de saltar la puerta deshecha por los golpes de los soldados.

—Nadie se mueva hasta que yo lo mande—dijo D. Enrique con severo acento:—¿habéis en-

contrado al Conde de Ledesma?—preguntó á los que había enviado á buscarle.

—No, señor.

—Seguidme, Arias,—dijo el Rey, y entró en la cámara de su esposa.

Pero en el mismo instante, un rumor confuso se oyó al otro lado de las habitaciones; acababan de echar abajo otras puertas del alcázar que daban á distintas calles; un momento después se abrió la puerta oculta entre los tapices, y apareció Villena con la espada desnuda y seguido de gran número de los suyos. Encontráronse frente á frente el Rey y su enemigo; mas la primera mirada de ambos fué para buscar á la Reina: los semblantes de los dos se encendieron con un subido carmín, y brotaron de sus ojos relámpagos de furor.

Vestida Doña Juana de un largo traje blanco, estaba arrodillada en su reclinatorio; sus largos cabellos negros caían en rizados medio deshechos alrededor de sus hombros y garganta; tenía cruzadas las manos fuertemente, y sus grandes ojos se fijaban en Villena con profundo terror. D. Beltrán estaba de pie á su lado, y su presencia fué la que trastornó de rabia los semblantes del Rey y de Villena: el uno veía en el á su rival; el otro á su enemigo. La vidriera rota, que el Rey fué á abrir, dejaba penetrar una corriente de aire frío que hacía vacilar la luz de la única lámpara que alumbraba el aposento.

El Rey se acercó á la Cueva, y le cogió del brazo.

—¿Por dónde habéis entrado en la cámara de la Reina, Conde?—le preguntó con una terrible mirada.

—Por la misma puerta que V. A., señor,—contestó el favorito con voz firme.

—¿Y á qué hora?

—Hace apenas media.

—¿Por qué, en vez de venir aquí, no estuvisteis á mi lado?

—¡Oh, señor!—repuso D. Beltrán con tan serena sonrisa, que ocultó del todo la angustia retratada en sus facciones:—vine aquí porque vos estábais rodeado de valientes caballeros, y la Reina estaba sola y expuesta á la furia del Marqués.

—¡Vive Dios, D. Enrique, que no sé cómo tenéis calma para escucharle!—exclamó Villena, cuya furia se aumentó al ver malograda su esperanza de encontrar á la Reina sola.—El Conde acaba de entrar por ese balcón, puesto que no había otra entrada, porque todas las llaves de esta parte del alcázar se recogieron por orden mía.

—¡Mentis como un villano, Marqués!—gritó entonces el paje de la Reina, saliendo al frente de todos:—quien ha entrado por ese balcón he sido yo.

Al oír el mentís del niño, trastornóse entera-

mente el semblante de Villena, y se arrojó á él, en tanto que muchos de los suyos rodearon al Conde.

Ninguno, empero, se atrevió á llegar al Soberano.

—¡Favor al Rey!—gritó D. Enrique, y todos los nobles, que esperaban sus órdenes, se precipitaron de tropel en la estancia con las espadas en la mano.

En el instante mismo en que Villena se lanzaba al pajecillo, retrocedió: D. Juan Pacheco era muy valiente, y la espada cayó de sus manos al contemplar de cerca el puro y bellissimo semblante del niño.

—Si—prosiguió Fernando yendo á postrarse á los pies de la Reina, que se habia dejado caer en un sitial:—yo fui el que escaló ese balcón, al ver que las puertas me vedaban la entrada, porque—añadió cubriendo de besos las manos de Doña Juana,—no podia acostarme sin ver á mi señora.

Los cortesanos se miraron atónitos. ¿Seria aquel niño el nuevo amante de la Reina? Su lenguaje lo hacia suponer así.

La refriega se habia empeñado en aquella estancia: combatían junto á la Cueva algunos caballeros, en tanto que el Rey contemplaba con mirada sombría al lindo paje, que ocultaba su frente en los pliegues del vestido de la Reina para no ver aquella desgarradora escena.

De repente lanzó un agudo grito: acababa de caer la Cueva herido, y aquel golpe produjo, aunque sin verlo, un doloroso choque en todo su sér. Volvióse arrodillado como estaba, y cruzó sus manos sobre el pecho con una desgarradora expresión de dolor; después, como atraído por una fuerza superior á su debilidad, se levantó trabajosamente y quiso correr hacia D. Beltrán; mas el Rey le detuvo.

—Niño—dijo,—ya que tanto amáis á la Reina, es preciso defenderla, porque os la quieren robar—añadió con fiera y maligna sonrisa.—Vamos, desenvainad esa preciosa daga, regalo suyo, sin duda... ¡Vamos!

Tembló el paje; su brazo se rompía entre los dedos del Rey.

—Si, si, que combata,—gritaron muchas voces. Mas la de la Cueva dominó á todas las demás.

—¡Señor!—gritó,—¡piedad! ¡Ese paje es una mujer!

—¡Una mujer!—repitieron en coro el Rey y todos los cortesanos.

—Si—dijo la pobre niña, cuyo semblante estaba blanco como el mármol;—sí, D. Enrique: ¡el amante de la Reina, ya lo veis, es una mujer!

Y en sus labios se dibujó una angélica sonrisa, en tanto que sus ojos se cerraban cayendo desvanecida en los brazos del Rey.

—¡Castilla por D. Enrique!—gritaron en la plaza mil voces en una.

—¡Castilla por D. Enrique!—repitieron en la escalera del alcázar.

—¡Castilla por D. Enrique!—resonó por tercera vez en la puerta de la cámara real, y Don Fadrique de Luna, seguido de su hijo y de gran número de soldados, entró por la puerta principal de la cámara, en tanto que Villena y los suyos huían vergonzosamente por la puertecilla secreta que les había dado paso.

VIII

LOS LUNAS

La primera mirada de D. Fadrique se dirigió en busca de la Reina: al descubrirla desmayada en el ancho sillón, se arrodilló delante de ella y besó una de sus manos.

Gonzalo, entre tanto, había visto á su hermana sin sentido en los brazos del Rey.

—¡Luz!—exclamó extendiendo los suyos para recibirla.

Al eco de esta voz amiga, abrió la joven los ojos y los fijó en el semblante del caballero.

—¡Hermano mío!—murmuró con débil voz.—¿Y nuestro padre?—preguntó en seguida.

Pero D. Fadrique llegaba ya, y la estrechó amorosamente contra su seno.

—Al fin te veo, hija mía—exclamó el anciano con los ojos llenos de lágrimas:—¡si supieras cuánto sufría lejos de ti!

—¡La hija de Luna!—murmuró el Rey:—¡es más noble, más niña y mucho más hermosa que Doña Guiomar!

Y sus ojos se fijaron con amor en la pobre doncella á quien había estado á punto de matar pocos momentos antes.

Comenzaba á volver en si la Reina, y Luz iba á acercarse á ella; mas su padre la contuvo suavemente.

—Señor—dijo en voz baja y aproximándose al Rey,—prometedme que no direis á nadie jamás que el paje Fernando era mi hija Luz; y vosotros, caballeros—prosiguió volviéndose á los nobles,—concededme, os ruego, el mismo favor.

—¿Pero de qué servirá esto, cuando la han de ver aquí todos los días?—dijo el Rey;—y además, ¿por qué ocultar todo lo que vale este ángel de paz?

—Nadie la verá, señor—contestó el de Luna,—porque antes de amanecer tomaremos el camino de Aragón, sin que mi Luz deje su vestido de paje.

—¡Cómo, D. Fadrique! ¿con que me dejáis de nuevo?—exclamó el Rey con doloroso acento;—¿me dejáis, sin que pueda pagaros todo lo que os debo?

—Si algo vale el servicio que he tenido la di-